

LA HISTORIA
DE AMOR
MÁS BONITA
DEL MUNDO
— BRENDAN KIELY —



LA HISTORIA
DE AMOR
MÁS BONITA
DEL MUNDO
— BRENDAN KIELY —

Traducción de Claudia Conde

 Planeta

Título original: *The Last True Love Story*

© Brendan Kiely, 2016

© por la traducción, Claudia Conde, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

© Mapa: Cate Evans

Primera edición: junio de 2017

ISBN: 978-84-08-17236-9

Depósito legal: B. 9.321-2017

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: Rotapapel

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

LA PROMESA IMPOSIBLE

Un día antes de huir de la ciudad para salir a todo gas por las anchas carreteras de Estados Unidos barridas por el viento, yo estaba tres pisos por debajo del apartamento del abuelo, con la mirada perdida en el mar al otro lado de la playa, aferrando un retrato recién enmarcado de dos muertos.

El Complejo Habitacional Calypso Sunrise de Viviendas Asistidas para la Tercera Edad era como un pegote ubicado entre el muelle de Santa Mónica y el paseo de Venice Beach. Pero en esa extraña tierra de nadie, a menos que se me cruzara alguien por delante, yo dejaba vagar la mirada más allá de las pocas palmeras que se levantaban retorcidas sobre la arena, por encima del trecho de playa, en dirección a la interminable extensión del Pacífico, y podía sentirme varado a orillas de una isla perdida y olvidada en el mar.

Por lo menos así me sentía ahí parado, mientras reunía el coraje para ir a devolverle la foto. La semana anterior, el abuelo había destrozado el cristal y el marco en uno de sus ataques y, aunque pude salvar la fotografía sin que se doblara ni se rompiera, me hice varios cortes con los cristales en los dedos y la palma de la mano. Pero conseguí salvarla.

En la foto se veía a la abuela, con el pelo levantado en uno de esos peinados de los años sesenta que parecían colmenas, delante de su vieja furgoneta con paneles laterales de madera, sosteniendo en brazos una versión infantil de mi padre. No había sido la intención del abuelo destrozar la foto, porque era su retrato favorito de la abuela, pero en un acceso de ira la había barrido de la mesa con todo lo demás, y el marco había ido a estrellarse contra la base de una lámpara de pie. Estuve media hora pasando la aspiradora alrededor del escritorio.

Todavía me dolían los cortes, sobre todo cuando llevaba la correa del *Viejo Salido* doblemente enrollada en la mano. El viejo ya estaba otra vez follándose la pata de un banco en el paseo marítimo, pero yo lo dejaba porque prefería que se desahogara antes de entrar. En el Calypso permitían la entrada de mascotas, siempre que no se propasaran con los residentes, los visitantes o el personal. De todos modos, el *Viejo Salido* era pequeño para ser un american staffordshire terrier, y con esa lengua atontada que le colgaba por encima de los dientes era capaz de arrancarle una sonrisa a un cadáver. Cuando se cansó de lo que estaba haciendo, bostezó para hacérmelo saber, de modo que doblé con él la esquina del aparcamiento y subimos juntos los peldaños de la entrada principal.

Ninguno de los que vivían en el Calypso era millonario, pero la residencia era un complejo de tres pisos que ocupaba toda una manzana, con espacios comunes, restaurante, estudio de arte, terrazas y un extenso jardín a un costado, provisto de una fuente rodeada de árboles, donde a menudo me sentaba con el abuelo para escuchar sus historias o leerle poesía.

Conocía a la mayoría del personal; eran todos muy amables y vestían polos azules. Mientras cruzaba el vestíbulo con el *Viejo Salido*, saludé con la mano a los empleados del mostrador de recepción. Primero fui a ver en el jardín —el abuelo no estaba— y después volví sobre mis pasos hasta el ascensor para subir al apartamento. Llamé a la puerta. No hubo respuesta, de modo que abrí y asomé la cabeza.

—Mierda —dije.

El abuelo tenía otra vez un mal día.

La habitación estaba patas arriba, con la cama torcida, las sábanas arrugadas como olas congeladas y la ropa desparramada por el suelo. Había sacado los cajones de la cómoda, los había vaciado y los había arrojado contra la puerta del lavabo. También el cuarto de baño era una catástrofe. Había abierto el armario de debajo de la pila y había tirado a la bañera los frascos de las medicinas, el champú, la pasta de dientes y el desodorante.

No era el auténtico abuelo el que hacía todo eso, sino el hombre que tomaba el mando cada vez que tenía un ataque, el hombre con una tormenta detrás de los ojos, un desconocido para mí. A veces, cuando el acceso era muy fuerte y me miraba con furia, llegaba a temer que tampoco a mí me reconociera. Pero afirmar que no era él, que en realidad era otro el que estaba de pie junto a la ventana, era una cabronada por mi parte. No era justo decirlo. Aunque me costara reconocerlo, era mi abuelo. Tenía que acostumbrarme y necesitaba encontrar la manera de ayudarlo.

Iba vestido como siempre, con los pantalones grises y la guayabera de dos tonos, y llevaba puestos los zapatos, lo cual era buena señal, porque quería decir que probable-

mente hubiera salido de la habitación unas horas antes. Estaba mirando por la ventana, más allá de los tablones de madera del paseo marítimo y la arena de la playa, hacia el Pacífico.

—Abuelo —dije, hablándole a su espalda—. Abuelo, soy yo, Teddy.

Le solté la correa al *Viejo Salido*, que corrió hacia él, le rozó la pierna con el hocico y volvió a mi lado, como esperando instrucciones, y bien que me hubiera gustado dárselas.

Atravesé la habitación repitiéndole quién era yo, sin dejar de acercarme a él, que seguía dándome la espalda. No quería que se volviera de repente y me soltara un guantazo, como era posible que hiciera, así que no lo toqué. Me aparté a un lado y me apoyé en la pared. A la luz del sol crepuscular, sus mejillas tenían una pátina dorada de lágrimas.

—Abuelo —le dije una vez más.

Alguien llamó a la puerta detrás de nosotros y la abrió antes de que yo dijera nada. En el umbral aparecieron dos tipos vestidos con los polos del Calypso: dos gorilas tremendos, Julio y Frank, parecidos a los jugadores de fútbol americano de mi colegio, que van por ahí sacando pecho y balanceando los brazos a medio metro del cuerpo, como si necesitaran ventilar cada dos por tres las axilas. Julio y Frank acudían cuando se declaraba la «alerta roja» en el apartamento de uno de los residentes, o cuando alguien se perdía en el restaurante o en el vestíbulo durante una de las actividades organizadas o a la hora de la comida.

—¿Todo en orden? —preguntó Julio, entrando en la habitación, consciente de que no lo estaba—. ¿Llamamos a la doctora Hannaway?

—No —respondí yo.

El abuelo respiraba sosegadamente y se estaba enjugando las lágrimas de las mejillas, por lo que era evidente que ya se había calmado. Ya no estaba furioso. Guardaba silencio porque tenía miedo. Su mirada saltaba sin cesar de la ventana a mi cara y de mi cara a la ventana. Era probable que no supiera por qué había arrasado la habitación. Tal vez ni siquiera recordara que lo había hecho. El *Viejo Salido* se frotó contra sus pantorrillas y el abuelo se agachó para rascarle el lomo.

—Ya me ocupo yo —les aseguré a los gigantes.

—Dudo que puedas tú solo —replicó Frank. Le resplandeció la calva cuando inclinó la cabeza bajo el marco de la puerta para entrar en la habitación—. ¿Charlie? —dijo dirigiéndose al abuelo.

Me planté delante de ellos.

—En serio. —Los detuve con la mano abierta—. Yo me ocupo.

Julio frunció el ceño y señaló con un gesto el escritorio, con todos los cajones abiertos y los bolígrafos, las revistas y los papeles tirados por el suelo a su alrededor.

—Por favor, Teddy —dijo—. Somos profesionales.

—Y yo soy su familia —contesté.

De hecho, el abuelo era casi toda mi familia. Tenía a mamá, claro, pero siempre estaba ausente en algún viaje de negocios. Trabajaba todo el tiempo, como esa misma semana, que se había ido a Shanghái. Aunque el abuelo ya no vivía con nosotros, lo veía con más frecuencia que a ella. Mi madre debía de haberlo visto un par de veces en los últimos siete meses, desde que lo había dejado en el Calypso.

De modo que estábamos sólo el abuelo, el *Viejo Salido* y yo, porque mi padre tampoco estaba. Nos había dejado

hacía tanto que ya ni siquiera lo mencionábamos. Había muerto.

—Ya lo sé, amiguito —dijo Julio—. Pero a veces tienes que dejar que nos ocupemos de estas cosas. No puedes hacerlo todo tú solo.

Yo no era ningún «amiguito» suyo, ni tampoco tenía doce años para que me hablara como si estuviéramos en una excursión del colegio. Yo era un tipo de diecisiete que básicamente estaba intentando mantener unida a su familia, o lo que quedaba de ella, mientras que al resto del mundo le importaba una mierda que la familia Hendrix desapareciera de repente como uno de los recuerdos del abuelo, ¡puff!, como si nunca hubiésemos existido.

—Abuelo —dije, y me aparté un poco, para no sorprenderlo ni sobresaltarlo—. Abuelo, soy yo, Teddy. Tenemos cosas que hacer.

«Teddy, tenemos cosas que hacer.» Debió de decirme eso mismo un millón de veces a lo largo de mi infancia. Mi madre trabajaba a todas horas y en casa estábamos sólo él y yo. «Teddy, tenemos cosas que hacer.» Y fregábamos el suelo de la cocina. «Teddy, tenemos cosas que hacer.» Y nos sentábamos a terminar la redacción que me habían mandado de deberes. «Teddy, tenemos cosas que hacer.» Y nos íbamos al Comedor de San Cristóbal, a cocinar para los indigentes que aparecían en la playa y el paseo marítimo como restos de madera arrastrados por la marea.

El abuelo se volvió sin apartarse de la ventana y supe que de nuevo era él mismo: el viejo héroe de guerra, la rigurosa autoridad. La media sonrisa que le curvaba una comisura de la boca equivalía a una sonrisa entera de cualquier otra persona. Las nubes ya no le oscurecían los ojos.

—¿Qué estabas buscando? —le pregunté, arriesgando la paz del momento.

Julio y Frank se erguían escépticos ante nosotros, como si estuvieran esperando a que el abuelo me diera un bofetón, para poder gritar: «¡¿Lo ves?! ¡¿Qué te habíamos dicho?!».

—Una foto —contestó el abuelo—, aquélla en la que aparece tu abuela de pie, delante de nuestra furgoneta.

—Claro —respondí, tratando de aparentar tanta calma como me fue posible—. Nuestra favorita.

El abuelo asintió mirándome, sin perder la media sonrisa.

—Sí, exacto. Nuestra favorita.

—Chicos —dije, volviéndome hacia Julio y Frank—, ¿podéis dejarnos solos?

Al principio parecieron reacios, pero el abuelo les aseguró que estaba bien y yo insistí en que así era, mientras empezaba a recoger la ropa y el abuelo se ponía a arreglar la cama. El *Viejo Salido* iba y venía en línea recta, como trazando una frontera entre los gigantes y nosotros. Al final se fueron, y yo me puse a pensar en lo mucho que habían cambiado las cosas. Estaba ayudando al abuelo como un padre ayuda a su hijo, del mismo modo que él me había ayudado a mí cuando había venido a ocupar el vacío del Padre Muerto.

Sin embargo, al mismo tiempo, me sentía aún como un niño pequeño, porque no sabía qué hacer. Mientras montaba la cómoda y volvía a guardar la ropa, no me decidía a decirle al abuelo que la foto la tenía yo. Me habría sido fácil fingir que la encontraba debajo de la cama. O también podría haberle recordado que la había roto él la semana ante-

rior y que yo había prometido llevar a reparar el marco, y que así lo había hecho, aunque no con tanta rapidez como habría sido deseable. En otras palabras, podría haberle dicho la verdad, aunque «la verdad» sea un concepto asquerosamente engañoso cuando tu abuelo se está muriendo de alzhéimer.

El abuelo terminó de hacer la cama, con las sábanas bien estiradas y remetidas con esmero y pulcritud debajo de las esquinas del colchón, como sólo un antiguo infante de la Marina sabe hacerlo, y volvió a la ventana.

—Todavía me parece verla —dijo, mirando hacia el exterior—: las pulseras de plata, la blusa de flores, el color de su pelo... También la oigo. Su risa. La manera que tenía de decir mi nombre. —Apretó el puño y lo agitó en el aire, como si estuviera amenazando al Pacífico, más allá de la playa—. ¡Maldita enfermedad! Va a quitármela de nuevo...

Recogí la bolsa que había dejado junto a la puerta y fui a reunirme con él delante de la ventana. Aunque yo era más alto, me sentía pequeño y estúpido, con la bolsa que contenía la fotografía de la abuela en la mano, como si esa imagen pudiera reemplazar a la persona real. Le pasé el brazo por los hombros y seguí su mirada hasta el mar, mientras me preguntaba si el amor sería eso que nos lleva a intentar lo imposible, como estaba haciendo el abuelo, que se afeerraba a cada recuerdo de la abuela, a pesar de que la enfermedad se los estaba arrebatando todos a marchas forzadas.

—Abuelo —dije. Saqué la foto de la bolsa y se la di—. La tengo yo.

La cogió con cuidado y después, como si la propia fotografía lo estuviera arrastrando lejos de la ventana, la mantuvo levantada por delante de su cuerpo, mientras se diri-

gía de vuelta a la cama y se sentaba en el borde. «Si me hubiera dado más prisa en traérsela —pensé—, no se habría puesto a revolver toda la habitación, como un pirata tratando de saquear lo que en realidad era suyo.»

Pero no, no me había dado prisa. Había tardado mucho tiempo, y el tiempo era algo que el abuelo no podía derrochar. La doctora Hannaway me había dicho que estaba entrando en la fase intermedia del alzhéimer, pero que aún podía y debía interactuar con el mundo. Me había dicho que necesitaba salir de la habitación y ver a más gente. Yo lo intentaba, pero las actividades del Calypso no le interesaban.

El abuelo levantó la vista, me miró y dio un par de palmadas sobre la cama para que me sentara a su lado. El *Viejo Salido* me siguió y se metió a presión entre las piernas del abuelo, que le acarició la cara y le estrechó el cuerpo con las rodillas. Después, el abuelo me rodeó los hombros, como si quisiera darme ánimos, pero la curva rosácea de sus párpados parecía más pesada y triste que de costumbre.

—Quiero volver a casa, Teddy.

—Ya lo sé —dije yo, negando despacio con la cabeza—. Yo también quiero que vuelvas. No es lo mismo sin ti. Pero mamá dice que estás enfermo. Dice que no puedes estar en casa.

—Estoy enfermo.

—No, no es cierto. —Se me quebró la voz.

—Sí, Teddy. Es horrible. Lo sé. Se me escapan las cosas. Como esta foto. ¿Cómo pude perderla?

Se estaba apagando. Tragué la enorme bola que sentía en la garganta.

—No la perdiste —intenté animarlo.

Entornó los ojos, pero no dijo nada.

—Estuve aquí la semana pasada. El marco... —Dudé un momento—. Verás. El marco se había roto y tuve que llevarlo a la tienda para que lo repararan.

Retiró el brazo. Inspiró profundamente y me cogió de la mano.

—Teddy, no recuerdo haber roto ese marco.

—No importa.

—Sí que importa.

—No, no importa —mentí.

No le dije que había sido en uno de sus días malos, ni tampoco le conté lo mucho que me había costado ordenar la habitación y tranquilizarlo para que no vinieran Julio y Frank.

—Vamos —añadí, estrechándole la mano a mi vez—. No te preocupes. No es nada.

—No digas eso —replicó él—. Tengo la sensación horrible de que todos me miran como si acabaran de decirme algo, como si me hubieran hecho una pregunta y yo no supiera qué contestarles. Ni siquiera recuerdo la pregunta. —Tenía la cara enrojecida—. No quiero perderlo todo, Teddy. Por eso quiero volver.

—No puedo llevarte a casa, abuelo. Mamá no me dejaría.

—No digo aquí —contestó en voz baja—. A tu casa, no. A la mía. Quiero volver a mi casa de Ithaca, a donde están todos los recuerdos que tengo de tu abuela. Necesito volver, antes de que desaparezcan del todo.

Le froté la espalda, pero él me miró y la expresión se le suavizó.

—No permitas que la olvide, por favor.

No podría decir si me estaba hablando a mí o pensando en voz alta. Tenía los ojos vidriosos y distantes.

—Daría cualquier cosa por bajar con ella otra vez por Mulberry Street y subir los peldaños de la iglesia de Santa Elena, como cuando nos casamos. Por favor, no permitas que la olvide. A ella no.

Lo abracé y le dije que no lo permitiría.

—Estoy contigo, abuelo. Soy yo, Teddy. Estoy aquí y nunca dejaré que nada de eso pase —repetí, mientras lo abrazaba y nos balanceábamos con suavidad, sentados en una esquina de la cama.

Contuvo el aliento, enderezó la espalda y supe que en ese momento estaba presente, conmigo. Me agarró un brazo con fuerza. Sus ojos azules, iguales a los míos, me miraron con una intensidad penetrante.

—Me da igual lo que pase o lo que sea preciso hacer, pero no dejes que la olvide, Teddy.

—No lo haré.

—Prométemelo.

Me aferró con más fuerza aún. Yo sabía lo que significaba una promesa para el abuelo.

—Te lo prometo.

—Un hombre vale tanto como su palabra, Teddy.

—Ya lo sé. Te lo prometo —le dije, pero el nudo que se me formó en el estómago me hizo sentir que le estaba contando una mentira, aunque me habría gustado creer que era verdad.

Era la tercera vez que me lo pedía y la tercera que yo se lo prometía, pero no podía saber si él recordaba las dos anteriores. Después de la última, había adoptado la única solución que se me había ocurrido: la había llamado «Libro de la Familia Hendrix». Empecé a tomar notas y a apuntar todo lo que el abuelo decía y recordaba. Quería escribirlo

todo, de principio a fin, los relatos que, una vez entretejidos, componían la gran historia, especialmente la de su vida con la abuela, que era la que más le interesaba. El LFH fue lo único que se me ocurrió para tratar de conservar sus recuerdos de la abuela.

El ancla de su vida seguía enterrada en el suelo, pero su mente había soltado amarras y se iba a la deriva, cada vez más lejos.

El abuelo, héroe de guerra, había sobrevivido a Vietnam, al largo camino de vuelta a casa, a las reacciones contra los veteranos que tanto le había costado entender, a la muerte de mi padre, que era su hijo, y a la de su mujer. Pero allí, marchitándose en una habitación a orillas del océano, escondido del mundo tras un velo de lágrimas, estaba perdiendo la batalla contra el alzhéimer.

—Deja que la enfermedad me mate, Teddy, pero no permitas que me olvide de ella.